

“*El romanticismo funerario en Polloe (San Sebastián)*” es la comunicación de María Ordoñez que trata sobre la creación de este cementerio, a cargo de José Goikoa entre los años 1876-1878 y en él se analizan, desde las primeras capillas-tumbas según fórmulas neoclásicas, a los monumentos que se levantan posteriormente en 1902-1910, realizaciones que se encuentran dentro del movimiento romántico del neomedievalismo.

La segunda comunicación de Maite Paliza versa sobre “*Marcos Ordozgoiti, una figura polémica de la escultura vasca del s. XIX*”. Aunque la autora de este estudio reconoce que el nivel artístico de este artista vitoriano (1824-1875) no fue muy brillante sí se hace hincapié en el interés que tuvieron sus bocetos y proyectos en los jurados de algunos de los concursos a los que se presentó y se insta a continuar la labor de dar a conocer a estos artistas para un conocimiento, hasta la fecha escaso, del panorama escultórico de estos años.

La última comunicación corresponde a Mauro Peñalba que presenta “*Monumentos y esculturas en vía pública. Donostia-San Sebastián*”. La clasificación se debe a dos tipos de criterios: reconocimiento de la labor del personaje o de su persona, y el objetivo de embellecimiento de jardines, plazas y calles de esta ciudad.

## Bibliografía

La bibliografía, realizada en esta ocasión por Julen Zorrozuza es una de las áreas de trabajo que la Sección de Artes Plásticas y Monumentales viene primando desde los inicios de estas Jornadas. En ella se encuentra un largo listado de publicaciones sobre los estilos neoclásico y romántico, iniciadas por obras de carácter supraprovincial, es decir que ofrecen datos sobre dos o más territorios. A continuación se sigue por las distintas áreas: arquitectura y urbanismo, escultura y pintura, artes decorativas por provincias.

M<sup>a</sup> José Aranzasti



**SEGURA MUNGUÍA, Santiago; ETXEBARRIA AYESTA, Juan M.**

**Del latín al euskara. Latinetik euskarara**

Bilbao : Universidad de Deusto, 2001, 2<sup>a</sup> edición revisada (1<sup>a</sup> edición: 1996). - 292 p. - ISBN: 84-7485-461-X.

El libro que aquí se reseña es obra de dos autores bien compenetrados en el interés común de marcar la impronta que el latín y sus descendientes han dejado en la lengua vasca, o, lo que es lo mismo, la presencia que en el euskara tiene la lengua latina y el mundo neolatino derivado de ella. El primero de sus autores, Santiago Segura Munguía, es especialista reconocido en el mundo clásico y en su legado a

través de los siglos, en tanto que Juan M. Etxebarria Ayesta tiene como campo de trabajo la Filología Vasca en su amplitud diatópica y gramatical; ambas vertientes de la incidencia común entre dos sistemas de lengua tan diferenciados tipológicamente vienen, pues, avalados por un planteamiento metodológico inicial sólido y correcto. El título bilingüe responde al propio contenido de la obra, que ofrece a lo largo de sus páginas abundantes correspondencias entre los dos ámbitos, el latino-románico y el euskérico, pues el libro está redactado en castellano, si bien hay una página inicial en euskera a modo de declaración de intenciones, que quiere ser una justificación razonada y razonable de la tarea emprendida. Ello es lógico, dada la trascendencia que, en otros órdenes diferentes a los estrictamente filológicos, tiene la consideración que se haga de las relaciones entre euskara y latín-romance.

Dejando de lado aspectos ajenos al estudio filológico, desde una perspectiva lingüística tiene especial interés cuanto afecta al origen del contacto entre ambos mundos, así como el resultado final, esto es, actual, en el que ha venido a desembocar tal contacto. El libro de Munguia y Etxebarria prescinde de posibles discusiones sobre ambos extremos y quiere ser un recorrido exhaustivo de la temporalidad entre los dos polos, de manera tal que constituye en realidad una magnífica síntesis de las relaciones euskaro-latinas en el orden léxico-semántico con todas las implicaciones fonético-fonológicas y morfológicas (gramaticales en general) que de él se derivan durante el tiempo en que han permanecido en contacto, para lo cual se establece como base de estudio lingüístico, y también como límite, la unidad lingüística que tradicionalmente se denomina *palabra*, sin que se haga, bien es verdad, una justificación metodológica de tal elección. Sí se hace explícita la renuncia a utilizar en la investigación el elemento onomástico.

La falta de concreción se puede objetar, también, a las fuentes utilizadas para el estudio en su conjunto. En la *Presentación* (p. 11-21) de la obra se van citando sucesivamente autores que han tocado en sus trabajos el campo de las relaciones eúscaro-latinorrománicas, lo que queda justificado por su carácter de introducción al estudio propiamente filológico; pero, al llegar a éste, no se mencionan de forma explícita las fuentes que han servido de base a la elaboración del corpus. Antes del estudio propiamente fonético de tal corpus se incluye un apartado de *Siglas y abreviaturas* (p. 25-279), necesario para la localización de las observaciones y datos que se ofrecen, que los autores hacen remitir a la *Fonética Histórica Vasca* de Luis Michelena a la que se menciona como guía del estudio (y que es, en realidad, la fuente de inspiración general del libro en su conjunto, tanto por lo que se refiere al corpus como en lo que afecta a su contenido filológico). Nada se dice sobre la procedencia de las voces incluidas en el capítulo dedicado a *Derivación, Sufijos y Prefijos* (p. 77-102), donde incidentalmente se van insertando alusiones a autores y estudios cuyas referencias bibliográficas se recogen al final del libro, y la ausencia de aclaraciones es total en el *Diccionario* (p. 103-256) que se confecciona a continuación, así como en el *Índice de voces en euskara y su correspondencia en latín* (p. 257-285) que le sigue. Tampoco hay precisión alguna en la *Bibliografía* que cierra la obra, en la que se enumeran sin desglosar las obras de referencia crítico-filológicas junto con otras que seguramente constituyen fuentes documentales de manera más o menos concreta (principalmente los diccionarios, dado el carácter del libro).

La organización de la obra, en efecto, presenta una estructura inusual, pues constituye, en realidad, un tratado a mitad de camino entre un estado de la cuestión sobre las relaciones vasco-latinorrománicas, por una parte, y la recopilación léxica en forma de diccionario de las voces latinas y románicas asimiladas por el euskara juntamente con su estudio histórico-gramatical, por otra.

Desde antiguo sabemos que el léxico del euskera se ha enriquecido considerablemente mediante la absorción de términos latinos y románicos en las diferentes etapas de su contacto lingüístico. Trabajos procedentes de romanistas como Schuchardt, Gamillscheg, Rohlf, Menéndez Pidal o Martinet, historiadores como Lacarra, historiadores a la par que filólogos como Caro Baroja, vascólogos como Gavel, Tovar, Michelena/Mitxelena, Agud o Mujika, latinistas como Mariner, entre otros muchos, habían ido preparando el terreno a lo largo de varias centurias señalando la deuda que la lengua vasca tiene con la latina desde los testimonios lingüísticos más antiguos. Sabíamos, pues, desde hace tiempo que determinadas palabras de uso corriente en euskara tienen una procedencia latina fuera de toda duda, cosa que sucede con voces tan usuales como *denbora* < TEMPORA, *katea* < CATENA(M) o *errege* < REGE(M), pues en la evolución que estas voces han sufrido en su adaptación a la fonología euskérica se observan principios evolutivos que habían sido sistematizados por la Romanística centroeuropea de la primera mitad del siglo XX, que habían cristalizado en obras de sólida fundamentación neogramática y que llegó a impregnar incluso la investigación de autores frontalmente opuesto a ella en teoría, como fue el caso bien conocido de Schuchardt. Después, la labor magistral y unánimemente reconocida de Luis Michelena dejó constancia ordenada y metodológicamente impecable de la asimilación de elementos latinos por la lengua vasca; su *Fonética Histórica Vasca* permitió reconstruir la historia de la propia lengua a partir de los diferentes dialectos, estableciendo principios de fonología evolutiva sobre la base del comportamiento formal y semántico de los préstamos tomados del latín en unos momentos o en otros.

La doctrina tradicional, pues, ha contemplado como un hecho indiscutible la presencia de latinismos en euskara desde época antigua, sin que haya habido una teoría histórico-lingüística de fondo como marco de referencia completo, mucho menos indiscutible, para el proceso de absorción de tales elementos por la lengua vasca. Se infería que la penetración de latinismos había tenido lugar desde áreas periféricas y que, más tarde, el contacto vasco-románico había fortalecido tales procesos.

El libro de Segura Munguía y Etxebarria parte de la realidad de un contacto inicialmente vasco-latino y luego vasco-románico, que queda justificado en las primeras páginas de presentación, previas a la exposición de materiales estrictamente lingüísticos, mediante un recorrido sucinto de los hallazgos sobre la incidencia del latín y del románico en el euskera, al tiempo que se aportan las fuentes y autores de los que proceden. Se separa el léxico que el euskera recibió del contacto directo del latín vulgar en sus diferentes etapas, que se supone fue más intenso tras la cristianización, del procedente del latín jurídico y eclesiástico de la Edad Media, si bien no se precisan las áreas geográficas de las que pudiera proceder, aunque alusiones a topónimos de origen vasco presentes fuera de los límites actuales del país, por otro lado, hablan de un contacto vasco-románico externo a la geografía originaria.

Tras la presentación se pasa a un capítulo titulado *Fonética* (p. 23-76) en el que, seguidamente a la oportuna relación de siglas y abreviaturas, se atiende a los diferentes aspectos generales de vocalismo y consonantismo en el tratamiento de las voces latinas y su asimilación por el euskera, juntamente con fenómenos de carácter esporádico. En este capítulo se observa de forma clara el contingente, amplio, de latinismos absorbidos por el euskara, así como la manera sistemática en que han ido adaptándose a la propia evolución de la lengua vasca que, como ya subrayó Michelena, se puede observar al mismo tiempo en forma contrastiva a la evolución románica conocida desde tiempo atrás.

En el capítulo siguiente, dedicado a la *Derivación, Sufijos y Prefijos* (p. 77-102), se elabora un inventario detallado de los posibles sufijos latino-románicos que están

en la base del léxico vasco, tomando en consideración toda su amplitud temporal a la par que insertando oportunos comentarios sobre el momento de su procedencia, bien latina, bien románica (y, en este último caso, más antigua o más reciente) de los diferentes casos, así como de la fuente crítico-filológica en la que tienen su base. En la medida de lo posible, sería muy conveniente completar este apartado, así como el anterior, tratando de forma sistemática la totalidad de léxico procedente del latín con el fin de llegar a establecer una cronología al menos relativa, si no absoluta, de la nómina total de latinismos y sumando de manera exhaustiva al análisis consideraciones sobre el carácter culto o popular/coloquial, la vía de penetración oral o escrita, de las voces citadas (en forma semejante a como se hace esporádicamente con voces como *superondo* ‘superbien’, que se atribuye a la jerga juvenil, es de suponer que actual, al hablar de los derivados de latín SUPER– en la p. 101).

Se pasa, a continuación, al apartado denominado *Diccionario* (p. 105-255), que constituye el grueso de la obra y el verdadero objetivo final, lematizado a partir del léxico latino, en el que se van ofreciendo las voces vascas derivadas de los respectivos étimos, que, a su vez, aparecen agrupados gráficamente por el criterio de familias léxicas; esto último resulta de gran utilidad para el lector estudioso, pues tiene de este modo una panorámica conjunta de la incidencia de ciertas familias latinas en el léxico del euskara, enriqueciendo así la visión solitaria de voces aisladas. No queda claro, en cambio, por qué no se incluyen aquí todos los derivados que sí se mencionan en capítulos precedentes, sino tan sólo algunos. Por ejemplo, no se recogen en el *Diccionario*, en el lugar correspondiente, voces como *kontrajarri* (que está en la p. 100 entre los derivados de CONTRA> KONTRA; sí se recoge, en cambio, *kontraesan*) o como todos los derivados con SUPER– mencionados en la p. 101; sí aparece, en cambio, s.v. **super1** (**super\_**, **-re**, **-v\_**, **-tum**), la voz vasca *supertsoniko*, de la que no se ofrece equivalencia, cosa que sí se hace en el caso de otras precedentes como *superavit* [sic]: *superávit*. Tampoco se especifica si la correspondencia entre las voces remite a la época latina o romance; así, en el caso de *kadira*, no se alude a su posible étimo próximo gascón *kadeira* (que tampoco está en el inventario), tal como se ha propuesto en alguna ocasión, sino que parece derivar directamente del latín **c\_tedra**, **-ae** (para el que sí se menciona gr. *káthedra* como étimo remoto), y, por otra parte, faltan algunos derivados (como es el caso de *allegatu* < **appl\_c\_**, **-re**, y otros), que podrán ir introduciéndose en ediciones sucesivas, conforme la obra vaya definiendo sus fuentes y ampliando el corpus de forma más concreta a la par que exhaustiva.

Finalmente, se incluye un breve *Índice de voces del euskara y su correspondencia en latín* (p. 257-285), ordenado alfabéticamente a partir de voces vascas, que permite al usuario consultar el diccionario en el sentido inverso gracias a la remisión que en él se hace a las respectivas correspondencias latinas del apartado anterior.

No resulta ocioso recordar la fecha de publicación de la primera edición del libro, 1996, lo que es muy meritorio, pues con posterioridad a esa fecha (es decir, muy recientemente) ha crecido considerablemente el número de testimonios de romanización en pleno corazón de Euskal Herria, así como la lista de trabajos que comienzan a marcar una línea que presumiblemente conducirá a modificaciones sustanciales en la consideración del contacto vasco-latino. En efecto, después de este libro han salido libros importantes de autores como Azkarate Garai-Olaun, que han dado pie a la (re)elaboración de trabajos de autores anteriores, al tiempo que se han publicado las Actas de sucesivos Encuentros científicos sobre *Romanización en el País Vasco*, y las tesis de mayor profundidad del contacto vasco-latino en el corazón del país están encontrando corroboración en descubrimientos arqueológicos de envergadura en el año 2001, en el que al parecer hay que separar incluso estratos distintos dentro del

propio proceso de romanización en zonas como la guipuzcoana de Aya, por un lado, y su cercana Zarauz, por otro. Todo ello augura de forma razonable la ampliación de las relaciones vasco-latinas originarias en territorios más amplios y en épocas más tempranas. Quizá el giro que los hechos históricos están tomando en este terreno haya servido de impulso a la publicación de esta segunda edición (en el interior se dice *segunda edición revisada*), que en realidad no es tal. No sólo no hay una nota editorial que acompañe a una segunda edición, sino que ni siquiera se ha alterado el texto en el más mínimo detalle, como se puede comprobar tras realizar el cotejo de las dos ediciones, lo que es una lástima, pues es este un libro que debería ir creciendo y modificándose con el paso del tiempo.

El análisis de la huella latina en el euskara ha resultado siempre de gran interés filológico, pues permite reconstruir aspectos de la propia evolución histórica y dialectal del ámbito vasco o, lo que es lo mismo, proporciona herramientas filológicas precisas y fehacientes para cubrir con testimonios susceptibles de ser analizados por el método comparativo lo que, sin ellos, sería un gran vacío desde el punto de vista histórico-lingüístico. Como dejó bien sentado Luis Michelena, la lengua latina, lejos de ser contemplada como un elemento devastador del euskara, es justamente la piedra de toque que permite ir contemplando su evolución a través de la asimilación contrastada de latinismos y romanismos procedentes de su contacto multiseccular. Por ello, un libro como el presente constituye una muy apropiada recolección de testimonios dispersos, al tiempo que proporciona una perspectiva de conjunto sobre la incidencia latino-románica en el euskara.

Seguramente hay mucho que añadir, corregir en algún caso, depurar en definitiva, en los materiales que *Del latín al euskara. Latinetik euskarara* nos muestra en forma conjunta, pero no existe ninguna duda sobre el valor que una obra de estas características brinda al estudioso de ambas vertientes (euskérica y latino-románica), máxime si tenemos en cuenta el cambio de perspectiva que cabe augurar próximamente al ámbito de las relaciones vasco-románicas. Por otra parte, la publicación ya avanzada del monumental *Diccionario General Vasco-Euskal Orotariko Hiztegia* de Luis Michelena, que los autores no han tenido en cuenta (si bien es verdad que los tomos publicados en el momento inicial de su investigación eran pocos), permitirá a los estudiosos, con gran probabilidad, continuar por la senda emprendida. En cualquier caso, nada de todo ello afecta a la validez del libro que reseñamos, que muestra con claridad y coherencia la trascendencia del legado latino en el mundo euskaldún, que es independiente de cuál haya sido la naturaleza de las relaciones entre la lengua vasca, por un lado, y el mundo clásico y neolatino, por otro.

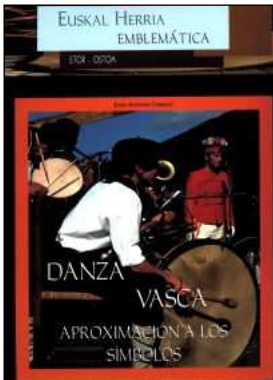
El levantamiento de la renuncia que ahora se hace explícita a la utilización filológica de la Onomástica puede favorecer en el futuro la atención a los materiales de tal procedencia en un estudio ampliado del actual, ya que es grande el rendimiento que de ello podría derivarse; todo lo cual, unido a una recopilación sistemática de las fuentes de las que procede el corpus aportado (principalmente diccionarios, sin olvidar los grandes logros de detalle que los estudios de lexicografía vasca han conocido en los últimos años), que podría completarse convenientemente con estudios parciales de los latinismos empleados por los escritores vascos de todas las épocas, conduciría a sentar sólidamente las bases necesarias para el estudio vasco-latinorrománico reclamado por la Filología desde tiempo atrás y que ahora quedaría enmarcado en una Lingüística de corpus.

Quedaría aún por emprender, además, el estudio de la incidencia sintáctica que el latín ha podido dejar impresa en el euskara, cuestión sobre la que habría que empezar, asimismo, a trabajar de manera sistemática, aunque ésta es ya otra área

de investigación; en cualquier caso, el notable avance que los trabajos de orden sintáctico han experimentado en los últimos tiempos permitirá abordar las relaciones vasco-latinorrománicas también en este nivel, así como introducir consideraciones de orden social (variedad de registros, como el señalado a propósito de *superondo*, etc.), así como pragmáticos en general que, sin duda, favorecerán el enriquecimiento de la propia reconstrucción histórica y social del euskara, que podrían ir ya recogién-dose en el nivel léxico.

Tampoco se puede olvidar fácilmente que, hoy, la Sociolingüística nos ha mostrado la reciprocidad existente entre lenguas en contacto. Bien es verdad que ello no quiere decir que la incidencia mutua sea necesariamente equilibrada, pues en la mayor parte de los casos, la influencia que una de las lenguas ejerce sobre la otra suele ser más evidente que a la inversa, pero, aún siendo pequeña, existe siempre en mayor o menor grado en los dos sistemas. Claro que esta última, así como otras que acabo de señalar, es una de las varias tareas que podrían ser emprendidas por los mismos o por otros estudiosos teniendo como magnífico soporte los materiales aquí ofrecidos por Segura y Etxebarria, lo que constituye una buena muestra del valor de este libro como punto de referencia básico para el estudio exhaustivo y detallado de la naturaleza de las relaciones vasco-latinorrománicas en sus más diversas y complejas implicaciones.

M<sup>a</sup> Teresa Echenique Elizondo



**URBELTZ, Juan Antonio**

**Danza Vasca. Aproximación a los símbolos**

San Sebastián : Ostoa, 2001. - 240 p. : il. - (Euskal Herria Emblemática, 9). - ISBN: 84-88960-68-9.

Versión en euskera:

**URBELTZ, Juan Antonio**

**Euskal Dantza. Sinboloen inguruan**

Donostia : Ostoa, 2001. - 240 or. : ir. - (Euskal Herria Emblemática, 9) - ISBN: 84-88960-70-0.

Las diferentes alternativas de supervivencia y sentido ritual que ha testimoniado la danza a lo largo de la historia, son sólo algunos de los pequeños aspectos del acto en sí. Pero la danza es algo más que un elemento individualizado, es parte de un contexto. De sus raíces, de su profundidad corporal manifiesta, de su evolución, de su fondo simbólico y de la forma en que ha llegado hasta nuestros días se han escrito ríos de tinta.

De la simpleza costumbrista a la estética visual, de la alternancia de gestos y formas rudimentarias a la calidad de las técnicas actuales. Muchas coreografías nos incitan a confusión en cuanto a su imagen, profundamente modificadas de su estructura y raíz original, por su evolución temporal. Eso me recuerda el desconocido y, poco menos que, singular "Cachupín" observado hace unos años en el pueblo alavés de Pipaon en la noche de San Roque, donde varios jóvenes agarrados por la cintura, y dirigidos por un anciano, intentan pasar la prueba de "fuego" de la edad. Considerada esta danza en ciertas esferas como danza-juego, es además un claro ejemplo de proceso iniciático juvenil en una sociedad eminentemente rural.